

La colección UN LIBRO POR CENTAVOS, iniciativa del Departamento de Extensión Cultural de la Facultad de Comunicación Social-Periodismo, junto con el Departamento de Publicaciones de la Universidad Externado de Colombia, persigue la amplia divulgación de los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y la promoción de los nuevos valores colombianos del género, en ediciones bellas y económicas, que se distribuye como obsequio para los suscriptores de la revista *El Malpensante*.

Este número 19, es una selección del libro *Botella papel*, publicado en 1998 y preparada por el autor para esta colección.



N.º 19

**RAMÓN COTE BARAIBAR**

**BOTELLA PAPEL**

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

FACULTAD DE COMUNICACIÓN SOCIAL-PERIODISMO

2006

ISBN 958-710-

© RAMÓN COTE BARAIBAR, 2006

© UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA, 2006

Derechos exclusivos de publicación y distribución de la obra

Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá, Colombia. Fax 342 4948

[www.librosuexternado.com](http://www.librosuexternado.com)

Primera edición: marzo de 2006

Diseño de carátula y composición: Depto. de Publicaciones

Fotomecánica, impresión y encuadernación: PANAMERICANA,

formas e impresos S. A., con un tiraje de 13.500 ejemplares

Impreso en Colombia

*Printed in Colombia*

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Fernando Hinestrosa  
Rector

Hernando Parra  
Secretario General

Miguel Méndez Camacho  
Decano de la Facultad de Comunicación Social-Periodismo

Clara Mercedes Arango  
Directora de Extensión Cultural



## CONTENIDO

Demoliciones	9
Repartidor de carbón	11
<i>Oración anticipada por la muerte del carbonero</i>	13
Zapatería	15
<i>Oración por el zapatero</i>	18
Vendedores de corbatas	20
<i>Oración por los vendedores de corbatas</i>	23
Fotógrafo de los parques	24
<i>Oración por el fotógrafo de los parques</i>	26
Afilador	27
<i>Oración por el afilador</i>	29
Calderero	31
<i>Oración por el calderero</i>	33
Observación del melancólico	36
Casas de electricidad	38
<i>Oración por las casas de electricidad</i>	40
“Sin amor también se vive”	41
<i>Oración por los que se despiden</i>	42
Hidrante	44
<i>Oración por el hidrante</i>	45
Bicicletas de carnicería	47
<i>Oración por las bicicletas de carnicería</i>	50
Pasaje del Almirante	52
<i>Oración por el pasaje del Almirante</i>	54
Muro de la sesenta y siete	56

<i>Oración por el muro de la sesenta y siete</i>	58
Taxis	59
<i>Oración por los taxis</i>	61
Truenos	63
Lluvias	65
Reservas de visibilidad	68
EL AUTOR	70



## DEMOLICIONES

Esta es la provincia más saqueada, la princesa impotente sepultada entre las zarzas. Este es el territorio del eco, el espacio elegido por la pasión heráldica de la humedad para trazar con la punta de su espada el inicio de todas las destrucciones.

Sólo los niños comprenden que las casas demolidas son el lugar indicado para inventar sus ceremonias y convierten los lavaderos sin pedir permiso y con los ojos abiertos hasta la tiniebla, en improvisados altares del sacrificio. Reúnen ladrillos como si participaran de algún rito iniciático y se sientan alrededor de los escombros con la seriedad exigida en los templos. Y le asignan a la escalera desolada, a su aturdido caracol de madera, el poder de un observatorio.

Aprovechando la llegada de la noche amontonan los desperdicios arrojados por los vecinos, recogen el pasto seco desdeñado por los jardineros y encienden una fogata con ese resto mila-

groso de alcohol que empapa las botellas vacías. Para algunos ese será el primer recuerdo del fuego, el ardor de su nombre pronunciado en la combustión de las llamas.

Sobre la pared huérfana, descubierta y desprovista de la casa vecina, más allá de los restos de azulejos de los baños y casi a punto de tropezar con el cielo, se arrastra una línea diagonal que marca el perfil de la casa desaparecida, como una cicatriz brutal y dolorosa. Los nuevos propietarios se apresuran a levantar, como una lápida intrusa, la valla que anuncia la empresa encargada de la demolición y el torpe dibujo a colores del próximo edificio.

## REPARTIDOR DE CARBÓN

Como encontrar una barra de aluminio atravesada en la mandíbula de un buey. Como descubrir una breve cabeza de obsidiana en un arcón. Como mirar por una cerradura y ver un amanecer no merecido. Tan imposible como todo esto, tan melancólico y solitario a la vez, era ver aquel camión verde que con la puntualidad de un sacramento repartía cada mes el carbón. En la cuesta su esforzado corazón se anunciaba vociferante, moribundo, y se detenía al frente de la casa como si entregara agónico la noticia de la caída de la ciudad de Troya. Después un hombre, envuelto en costales, arrojaba su carga resonante y angulosa en un baúl pintado de naranja.

Como abrir una biblia y encontrar tres hojas de laurel. Como levantar una piedra y recordar un nombre. Como reconocer al mismo caracol a cien kilómetros de distancia. Tan imposible como todo esto, tan melancólico y solitario a la vez, resulta encontrar quince años más tarde al mismo repartidor del car-

bón realizando su oficio, doblado por el esfuerzo, empeñado en demostrarle al cielo que un hombre ha hecho ese trabajo durante toda su vida, que escarbó entre las minas, que le robó el hilo a su mujer para coser sus costales, que soñó con excavaciones infinitas, con túneles, y que lo perdonen por no haber hecho nada más que eso.

## *Oración anticipada por la muerte del carbonero*

Parece que nunca llegará el día pero entonces, a sus pies, rodarán afilados fragmentos de carbón y un reducido grupo de pequeñas esquiras se resistirá a abandonar el apretado reino de sus zapatos. Si buscan en sus bolsillos, si vuelven a buscar, encontrarán un puñado de diamantes renegados que caerán al suelo formando un hexaedro, una región exacta, iracunda y opaca, parecida al tono de su voz.

Nadie podrá borrar de su cara el color oscuro de su trabajo, añadido a su piel como una adopción natural. Nadie podrá explicar el tamaño de sus pulmones, hinchados como pechos de paloma. En la hora de su muerte, nadie podrá cerrar sus atónitos ojos de minero ambulante.

Que nadie se atreva a contar sus cejas de jabalí. Quien lave por vez primera su traje de sacerdote. Quien pase los dedos sobre la

comarca de sus manos inmensas, quien salte a lo largo de su curtido cuerpo mineral, advertirá su confianza en la cremación, su total convicción en el poder de las cenizas.

## ZAPATERÍA

Al comienzo una tácita ley dictada por la infancia explicaba todas las cosas. De este modo, todas las furgonetas, así se llamaban entonces, que se quedaran varadas al lado de un parque, que sufrieran alguna avería irreparable en una calle cercada por desperdicios, de manera inmediata se convertían en una zapatería. Pero esa ley incluía una cláusula más drástica. Para cumplir su orden original, tenían que ser amplias como para transportar la primera remesa de carne del matadero, redondas sin discusión, y sobre todo, tenían que estar pintadas de verde.

Siguiendo al pie de la letra el dictamen de esta orden estricta, apareció en el barrio un hombre robusto y oblicuo, como si hubiera sido despedido de su antiguo trabajo de luchador por una molesta hernia discal.

Su trato hosco, su presencia muda y notoria, no fueron obstáculo para realizar a cabalidad su oficio de zapatero. En la penum-

bra de su caverna olorosa a pegante se divisaban ídolos enmascarados, revistas amontonadas que se disputaban la estrechez del espacio con unas máquinas inútiles y varios objetos de diversa procedencia recogidos sin discreción.

A la brusca aparición del fondo de su carro le seguían una serie de observaciones incomprensibles, una larga enumeración de dificultades, que no dejaban más escapatoria que acatar con prontitud sus mandatos. Nunca se escuchó una reclamación en su vagón desvalido. Trabajaba despacio delante de su furgoneta verde, como un santo extraviado de sus funciones evangélicas, como un mártir del deporte, desproporcionado y huérfano. Después de las demostraciones de su altanería, resultaba inexplicable cómo en sus manos las puntillas suspendían por un instante su fiereza, cómo el cuero se abría solícito al llamado de sus agujas encorvadas, cómo el martillo podía trabajar en lo blando, cómo entre sus dedos el betún iniciaba su densa avalancha.



Al dar dos pasos y mirar orgullosos las calles impacientes, se sentía palpar en los zapatos su extremada entrega, el dolor del desprendimiento, como si el zapatero en cada trabajo le hubiera cerrado el camino a su propio extravío, como si pidiera disculpas por la brutalidad de su corazón.

## *Oración por el zapatero*

Por sus manos olorosas a pegante, precedidas por el protocolo de la intimidación, cruzó nuestra infancia. En ese país profundo que se aloja al fondo de los zapatos, sus dedos intentaron corregir el error de sus actos.

Una clara noción de lo ausente. Una línea divisoria entre el uso y el exterminio. Una delgada balanza que inclinaba con obstinación su carga hacia el lado de la pérdida, caminaba con nosotros.

Ya que en tu improvisado confesionario se dieron cita de par en par y de noche en noche todas tus ausencias, y que viste en nuestros zapatos todas los fantasmas que te negaron su compañía, dime dónde estás en este momento, ahora que las leyes de la infancia no se cumplen, ahora que la comprobación de la inocencia es dolorosa. Dónde estás, zapatero ambulante, en qué vehículo atrofiado reposan tus huesos, cuál es la mujer que

tiene clavadas tus agujas de ojos dilatados, en qué negocio cuelga tu foto y se reza y se recuerda tu pasado de luchador. Dime si tu corazón huele a desprecio y a pegante.

Desciende abriendo los brazos hasta esta página en blanco y muéstrame los huecos que te hiciste en cada mano.

## VENDEDORES DE CORBATAS

Nadie hablaba ya de las alcándaras. Nadie recordaba su nombre legendario, amplísimo, repleto de alas. Hacía mucho tiempo que nadie pronunciaba sus sílabas poseídas por el rumor del encantamiento. Se había perdido su significado y quienes querían saberlo carecían de la fuerza necesaria para buscar en los enormes diccionarios y remover con el índice su arena árabe.

Fue así que la originaria alcándara cedió su función medieval, olvidó su importancia en los torneos, ignoró su papel principal en los frescos del cementerio de Pisa pintados por el Maestro de la Muerte, y apareció un día en un país lejano, distorsionada, ajena a su heráldica, a su porción de poder, como sustento portátil para los vendedores de corbatas.

Nadie sabía qué era una alcándara. Ni siquiera aquéllos que mas tarde la utilizaron. Hasta que esa legión sumida en las lejanas periferias de las ciudades, después de probar con la venta

de infalibles jarabes, de haberse dedicado a la extracción nocturna de vasijas y narigueras de oro, salió un día victoriosa en medio de las calles portando una larga T, para poner allí su mercancía, sobre la misma estructura donde originalmente se posaron los halcones.

Más tarde en cualquier esquina, ya cuando se había eludido al manco vociferante, al ciego que se había apropiado del emblema de la justicia ofreciendo lotería, cuando se había visto entre las rejas de una jaula a una pareja de búhos cerrar absortos sus enormes párpados, aparecieron los vendedores de corbatas, inmóviles como cariátides de un templo, apoyando su estructura de metal y ofreciendo sin decir una palabra sus largas serpientes de todos los colores.

Como si el desorden de los artículos fuera capaz de provocar una desbordante abundancia, como si la proliferación bastara para ocultar lo precario, los vendedores de corbatas asumieron esta misma ley y la utilizaron para cumplir sus propósitos.

Su claridad de exposición, a pesar de lo confuso de los géneros y de los reinos allí convocados, ondeaba en su vara horizontal entre los admirados compradores, cuyas miradas cayeron en la mercancía como antes los halcones. Tal fue su poder.

## *Oración por los vendedores de corbatas*

No tardarás en desaparecer como todos, como todos los que han advertido las manchas del sol en sus pupilas. Serás otro más que vuelve a su casa con un maletín de cuero, con su cargamento al hombro, otro que le pide al cielo que el color de la mañana coincida con sus provisiones. Apoyarás tu alcándara esperando la llegada del halcón de fuego.

Seguirás portando como un mensajero de la destrucción este báculo prolífico colmado de figuras y lo afirmarás en el suelo, con la convicción de quien posee la verdad, y más que la verdad, de quien sabe las terribles palabras de la advertencia. Pero tu rastro será una estela de serpientes.

## FOTÓGRAFO DE LOS PARQUES

*A mi hermano Pedro*

Como un general ante el paredón, el fotógrafo de los parques alzó su mano firme en señal de detenimiento. Su orden resonó como una detonación entre los transeúntes y el cielo quedó cubierto por una estampida de palomas.

Lo suyo son los domingos. Los domingos soleados y sin escapatória. Ese día sobresale en medio del parque una flor alta y paralítica que se apoya con decisión sobre tres largas muletas de la guerra de los mil días. En su cúspide, se aprieta un halcón negro, rectangular y milagroso, que abre y cierra su párpado metálico a petición de los amantes.

Son secretos los procedimientos de su propietario y su inclinación pertenece a otro jardín, donde la muerte como un despiadado coleccionista se apresura a guardar cada uno de los retratos, para después en su gabinete virarlos al sepia.



Hablando ceremoniosamente con su halcón bajo un trapo que alguna vez fue negro, cruzando palabras desconocidas, la ciudad amplió sus límites, se le fue de los labios. Su maquinaria de origen alemán, de nombre altisonante y preciso, detuvo al tiempo, pero otro tiempo tiempo lo tocaba por los hombros, como un azucena blanca.

Su repertorio de frases costumbristas era breve pero eficaz. “Hasta que la muerte nos separe”. “Al fin solos” o aquel “Quién iba a creerlo” enmarcaban a los fugitivos con sonrientes querubines, quienes guardaban esa foto a la altura del pecho hasta el día de la bala perdida, del incendio, de los santos óleos.

Después, ya se sabe. Vino la proliferación de cámaras manuales, los cursos acelerados para fotógrafos, la paulatina deserción de las plazas, la desconfianza hacia las estatuas ecuestres. Y su clientela huyó como los aviones de balsa que le disputaban la posesión del cielo.

## *Oración por el fotógrafo de los parques*

Un desprevenido cementerio con las fotos de los errantes cuelga de tu trípode triunfal y funerario. Y ya nada las agita en las tardes de domingo. Desaparecerá tu perfil de las baldosas amarillas y también la sombra alargada de tu árbol milagroso. Abrigado con trajes gruesos, bajo varias franelas, como si estuvieras en desalojo permanente, abandonarás tu sitio ocupado durante años, allí donde tu mano solitaria siempre en lo alto tuvo el poder de la posteridad.

Se avecina una borrasca. Los truenos muerden con rabia los montes. Entonces, te echarás al hombro tu trípode como un herido de guerra y vagarás por las calles apretando tu álbum contra el pecho. Y protegiendo con tu gabardina al halcón moribundo que cierra su ojo privilegiado, te detendrás bajo el alero de un Ministerio inconsolable, y voltearás despacio el sombrero, ese sombrero gris de tantos años, en espera de la caída de la primera limosna. Y alumbrado por el último relámpago reinarás para siempre en la inmovilidad.

## AFILADOR

A esa hora extraviada de la tarde una callada aniquilación lamía en círculos los platos sobre la mesa. A esa hora detenida de la tarde la ausencia imprimía sus huellas en el borde de los vasos, como constancia de su redondo dominio. A esa hora huérfana de la tarde las migajas repetían sobre el mantel el rostro de los desaparecidos del almuerzo. A esa hora vacilante de la tarde el silencio como un barco inclinado por el corrimiento de su mercancía en las bodegas, arrojaba en un escándalo mudo todos los cuchillos y cucharas y ollas a una orilla lejana llena de niebla. A esa hora de nube de la tarde pasaba el afilador, tajante su perfil como una medalla conmemorativa, como el primer corte de una cebolla.

Para cumplir su oficio el afilador se acompañaba en su tarea con un pájaro de madera, como Robinson en sus soledades. Sus labios se movían de un extremo a otro de la dulzaina, emitiendo un sonido que empezaba grave y acababa agudo, y cuan-

do estaba en lo más alto de su escala se detenía un momento, un instante fugaz, fundando una ciudad rodeada de girasoles para después rodar guadua a guadua por su pendiente musical. Jamás la siesta aprobó otro pájaro.

No necesitaba su presencia palabras estridentes. Bastaba oír su música para que los recién nacidos se dieran la vuelta en la cama, para que reinara la alegría en las carnicerías, para que los suicidas quedaran seducidos por ese canto de sirena que antecede a la muerte, para que los dormidos de la siesta, siguiendo la oscilación de su tonada, se impulsaran una y otra vez, intentando alcanzar con sus manos abiertas un árbol cargado de duraznos de oro.

## *Oración por el afilador*

En ese círculo restringido de la muerte donde la alianza entre la música y los metales elige a sus habitantes, ocuparás tu lugar. Y te darán un recorrido similar al que tuviste en la tierra, para que la palma de tus manos no extrañe el filo de las tijeras, para que sigan las chispas cayendo pesadas en el suelo, como luciérnagas destronadas.

Te recibirán los trovadores como un pariente lejano, y los pregoneros de los campos, los vendedores de repuestos, los acordeonistas que cruzaron ardientes y desamparados los desiertos, las viejas encorvadas que gritaron Botella Papeeel desde las calles vacías para alejar las borrascas, te abrirán paso. También los soldadores con sus sopletes, los alpinistas congelados bajo el hielo con un cuchillo en la mano, las mujeres asesinadas con pequeñas dagas en el cuello, los duelistas y sus espadas sangrantes en la punta, las jóvenes vendadas que giraron ante el lanzador de cuchillos, los maleantes y los que ofrecieron sus

muñecas a la placidez del agua, te seguirán en el cortejo. Y los niños menores de nueve años harán sonar las enormes rejas con sus palos para tu entrada triunfal en la desaparición.

En la siesta permanente de los muertos tu dulzaina campesina sonará sigilosa y oscilante, subiendo y bajando, bajando y subiendo, como la música de Robinson en sus soledades.

## CALDERERO

Sabes que se ocultan bajo la tierra o se apagan entre cenizas brazaletes, máscaras de oro o faroles al fondo del mar que nunca sabrán el alcance de su luz, montones de cosas que jamás podrán lograr su restitución ni su poder y transitan oscuros, boca abajo y sin domicilio, en una región donde el cierre de un candado resuena hasta el último sótano.

Sabes que hay objetos que surgen de repente, que al golpear una piedra en un desierto puedes encontrar un fósil, ensimismado y milenario, y enumerar sus vértebras y recorrer su óvalo y poner sobre tu mano un animal remoto que esperó miles de años para volver a tocar la claridad.

Sabes también que a veces el tiempo perdona y permite alianzas lejanísimas, transformaciones, como cuando sientes cruzar en los vidrios molidos la nutrida caravana de la arena.

Si recuerdas finalmente que hay territorios privados de presencias; que hay tesoros impacientes a un centímetro de su hallazgo; que hay legiones de nubes, moluscos, mariposas cumpliendo el ciclo de sus metamorfosis, entonces podrás entender al calderero.

Con su carruaje a cuestas es el último encantado sobre la tierra. Alguien que no conocemos alteró su destino, alguien lo obligó como castigo a cargar su propio adversario. Y lo que antes era escudo en alto, altanería en el arte del enamoramiento y firmeza en la batalla, hoy es un carruaje lento atiborrado de ollas y otros utensilios, perdido en esta latitud sangrienta que no responde a la memoria color caoba de las estaciones.

Porque si hablamos de armaduras nadie lo igualaba. Si a su paso su fiereza removía a las cigüeñas de las espadañas, ahora la opulencia de su cargamento desata una insípida salvación. Pero quizás su peor amargura consiste en ver el trofeo de las trenzas de las princesas convertidas en tristes estropajos.



## *Oración por el calderero*

Por ahí andará el calderero, que nadie lo dude, haciendo sonar la solitaria cantimplora de su carruaje alrededor de su isla imaginaria.

Cómo será de triste la llovizna rodeándote, sacudiendo cada olla, filtrándose por la materia áspera de los estropajos, mientras los truenos como perros hambrientos reclaman su resonancia en tu mercancía metálica. Imagino que en días de alto invierno el agua dulcemente lava tus heridas y pule para nadie tus escudos. Y el granizo te recuerda con su redoble de tambor los torneos, la preparación para los lances y entonces el aire se hace delgadísimo como cuando entrabas a la batalla y se dilataban las aletas de la nariz.

Cómo será de lastimosa tu indumentaria bajo la tormenta que el agua, una vez enumerado y humedecido tu pesarosa jurisdicción, una vez lamido tu duelo, cae de rodillas implorando, el agua que te conoce de leguas.

Pero nada de esto parece importarte, porque, recuerdas, el que espera sabe que la victoria es suya. Esa es tu divisa y sigues empeñado en fabricar palacios en el viento, en convertir al ave negra que te sobrevuela en un águila anhelante de cielo y caza.

Si en algo contribuyeron estas tierras a tu felicidad fue cuando recobraste brevemente tu linaje al asistir al funeral de Blacamán, cuando le diste abrigo a Maqroll en los esteros, o cuando colgaste en tu carruaje los pescados de oro de Melquíades cerca de Mompox. En esas contadas ocasiones reclamaste títulos tan merecidos como el Caballero de los Espejos, el Caballero Brillante, el Señor de los Invictos.

Aquellos que se compadecen de tu destino itinerante ignoran tu dolorosa facultad de traspasar las leyes de la duración. Y donde ellos ven repetición y costumbre tú abres los ojos y ves en cada día la más hermosa de las promesas.

Que la luna te ilumine, te encuentre detenido velando tus armas, que la última luna de tu encantamiento te toque la frente con su plateado absoluto, y que su espada te declare de una vez y para siempre caballero, y restituya tus poderes.

## OBSERVACIÓN DEL MELANCÓLICO

Porque la nostalgia exige una cercanía suicida a lo clausurado, porque aún cree necesaria la comprobación, porque se siente con derecho a entrar a saco, sin pedir permiso en el reino vedado, porque considera que bastan las yemas de los dedos para declarar su posesión del paraíso, la memoria inicia su viaje de regreso, busca su lugar y cierra los ojos en medio de lo movedizo.

Al contrario, en un movimiento inverso y más doloroso, la melancolía habita la península ardiente de la desposesión. Desde allí observa el nítido contorno de lo desaparecido y se rinde a su lejana jerarquía. En su torre proclama para siempre su clausura y cede sus derechos de posesión a las ortigas. Entonces, extiende un enorme pliego de papel sobre la mesa y traza con un lápiz de fuego las líneas de una perspectiva en plena fuga. Es el alzado del paraíso.

Cuando la cara del melancólico se ilumina con el resplandor de lo imposible, comprende que la dimensión de ese horizonte no ha desaparecido, que su combustión permanece, que su arquitectura condiciona, pero acepta su encierro y encuentra más razones para continuar su errancia.

## CASAS DE ELECTRICIDAD

*Para Óscar Posada*

No la llares por su nombre, que se esconde. No la describas por la función que realiza, que se humilla. No le recuerdes su origen ni le comentes al oído su próximo final. Mas bien, comienza por decirle que es la más hermosas entre las hermosas. Que es afilada como una heroína. Que es escurridiza como una caja de betún. Que es precisa como un alfiler. Solamente así te abrirá las puertas, te mostrará las hojas que han dejado en su interior tantos agostos y te contará su historia.

Encogida de hombros disimuladamente ocupó su sitio entre las casas del barrio. Pidió la ayuda blanca y extrema del magnolio. Para pasar desapercibida se dejó crecer una enorme enredadera sobre la estrecha extensión de su fachada. Más tarde y sin que nadie lo notara, ocultó con astucia la llave de la verja que permitía la inspección anual de la empresa de electri-

ciudad. Poco a poco repitió el mimetismo de las mariposas nocturnas y aplicó su principio de inmovilidad. Y para culminar con éxito su estrategia, logró convencer al vecindario de que ese tímido techo a dos aguas y esa angosta anatomía indicaba la presencia de la capilla olvidada de una iglesia adventista.

## *Oración por las casas de electricidad*

Aquí se oculta la dama del equívoco, la feliz desterrada, la desvelada del ciruelo. Y en su interior, el solitario funeral de un lápiz reina. Y el viento no ha podido dispersar sus delgadas espirales de madera.

Si la llamas alondra entre las alondras. Si lees en voz alta el Cantar de los Cantares, tal vez te contará que los técnicos que entraron a revisar el estado de su maquinaria encontraron un triste cadáver carbonizado y una araña.

Ahora sí llámala desprotegida, tenue, tácita.



## “SIN AMOR TAMBIÉN SE VIVE”

La muerte es un alguacil que exige una precisión, al menos una certeza que justifique a las caléndulas su tránsito por la vida. Entonces, para qué dudar que su reino aceptó complacido ese bus que un miércoles huía del asedio del sol, y que alguien bautizó con inexplicable dulzura y con absoluta convicción “Sin amor también se vive”.

De su soberbia, si es que alguna vez existió, quedaba un caballo alado encima del motor dirigiendo hasta la guarida final a la difunta maquinaria. En sus latas naranjas que recorrían por última vez su ruta obligatoria, no había espacio para el temor. Sólo reinaba la firmeza de quien cumple una cita pactada.

Tanta complicidad con la muerte provocó esa tarde que alguien se atreviera a despedirlo con una mano en alto, desde la orilla opuesta.

## *Oración por los que se despiden*

Cómo se parecen los que se despiden. A cada paso desaparecen y la curvatura de una ola concedida los arrastra y los eleva hasta alcanzar la altura privilegiada de los palomares.

Poco a poco y antes de su partida se advierte en sus costados un principio de cristalización. Son lo que eran. Miran lo que serán. Por este motivo a los que se despiden los rodea una aureola sin poderes y los marca una presencia sin vaticinios.

Se equivocan aquellos que hablan de su trato altanero. Sucede que tienen un pacto con la ausencia, que anuncia y anticipa en su voz su desaparición voluntaria.

Es cierto que ya no acarician como antes pues sus manos están atadas a un mástil que los lleva. Es cierto que ya no comen. No les pidamos más cosas. Pertenecen a la región del aire. Sucede que los invade a trozos la transparencia.

Tanto se parecen a lo que se avecina que ya no los reconocemos. Caminan solitarios por una calle larga que los llama. Hablan sin dirección y sus ojos dejan oír el ruido de otros pájaros.

Otro sol, acaso menos sanguinario y más lento se demora en sus venas y su corazón palpita sabiendo que su corriente refleja abedules que no duelen.

Así permanecen hasta el final, invadidos por la ausencia, desfigurados por la espera y pasajeros.

## HIDRANTE

*Para Josefina Landínez*

En la esquina más triste de un parque de Teusaquillo nos esperaba el hidrante. Y así estaba cuando lo encontramos: paciente, inútil, innecesario. Para qué esforzarse en describir sus atributos si el desorden de las hierbas altas y la voracidad de los amantes erradicaban su diminuta estatura.

Hasta ese parque de Teusaquillo nos atrajo su magnetismo desolado. Era de noche, una noche hace quince años y desde donde estábamos asomaba con dulzura su cabeza y abría sus brazos como si fuera la obligatoria recepción encomendada a un mártir amputado.

Para unos era un tallo rojo extraviado de la expedición botánica. Para otros, una dolorosa presencia inapropiada.

## *Oración por el hidrante*

En la resequedad de tu garganta donde hablan al tiempo flores ponzoñosas y amantes, habitas un lugar alejado de las sirenas de los bomberos. Ya sé que agradeciste la ausencia de los incendios. No hace falta que lo recuerdes. Si te digo la verdad, me alegra que no se advierta en tu columna castigada ninguna señal de tu heroísmo, ni que se quejen los vecinos de tu constante interrupción en los partidos de fútbol, plantado como un incómodo monumento. Por favor, no nos pidas que nos apiademos de tu límite desamparado.

Tu estatura de ángel de cementerio rural, tu porción de santidad concedida, tu aleteo de pájaro trunco, llegó hasta nosotros esa noche. Entonces cómo no conmoverse ante tu permanencia callada y tan vulnerable, cómo no ser cómplices de tu infortunio.

Ya sabemos que tienes como única función repetir en tu cilindro la resonancia de los truenos y ovacionar largamente sus

exclamaciones, pero quiero decirte que fuiste el primero en revelar la existencia de un orden en la ley del olvido. Aprendimos que todo lo que vemos, todo lo que el sol o la sombra muestra, tiene grabado el indicio de su próxima desaparición.

Nos enseñaste el camino para dominar lo transparente, la necesidad de hacer justicia a lo que está a punto del desvanecimiento; fuiste el imán que nos atrajo hasta la llama sobrante de lo precario, para que ahora pueda, con la recuperación y el orden del tiempo, comprobar la veracidad de tus palabras.

Jacobo de la Vorágine: incluye este santo silencioso y sediento en tu recopilación de mártires. Mira que nunca hizo milagros, mira que lo queremos por una sólo cosa: solamente lo mínimo nos salva. Por eso merece la permanencia.

## BICICLETAS DE CARNICERÍA

*Para Lorenzo Castro*

### I

Si se pudiera mirar a contraluz el corazón de los melancólicos aparecería la osamenta de veinte casas demolidas y un siete cueros que en un jardín inútil abre su flor morada para nadie. Acercando el oído, sonaría la fugitiva ocarina del afilador y se vería con claridad el crecimiento del pasto entre los ladrillos y una sola puerta.

Si se pudiera pasar el corazón de los melancólicos sobre la punta de una vela, aparecerían escritas, con el limón del testamento, las letras del funeral anticipado que presagian las hortensias, un cuerpo desnudo recibiendo a baldados el agua fría de la alberca, empinadas escaleras que tienen pintado justo en la mitad, como en las pirámides, un ojo de advertencia. También resonarían algunos nombres: María de los Ángeles, Catalina,

Elena. Pero sobre todo, se vería cruzar una pesada bicicleta de carnicería, de derecha a izquierda.

## II

Sin consultar a los vacilantes, sin avisar a los débiles, sin prevenir a los solitarios, han destruido hasta el cansancio manzanas enteras de edificaciones.

Con cada piedra removida de su lugar nos arrancaron los ojos inocentes. Fueron particularmente severos con las pequeñas tiendas de barrio y muy pronto desaparecieron de las calles sombreadas de pimientos sus nombres milagrosos: La Macarena, la Santillana, el Hemisferio, el Bulevar, el Arlequín, la Castellana, donde el aire oprimido de sus estantes atesoraba su precaria abundancia, donde el paladar compartió la alegría de conocer el reino mineral, animal y vegetal al abrir los papeles azul y plateado de los chocolates, donde nació el amor por la palabra Ultramarinos.



### III

Por las alacenas vacías, por las vajillas incompletas, por las baldosas enceradas al extremo, por las mesas de planchar, caminan ahora solitarios alacranes. Las mariposas de las bisagras se niegan a abrir sus alas oxidadas. Parece mentira pero han hecho hasta lo imposible por erradicar la esbelta belleza de las balaustradas, por borrar con una avaricia desconocida cada uno de los vestigios de la infancia, por suprimir la referencia de los árboles. A pesar de tanta magnolia destronada, a pesar de perder las vocales que nos hacían visibles, no han podido eliminar las bicicletas de carnicería, que con obstinación veinte años más tarde continúan cruzando, de derecha a izquierda.

## *Oración por las bicicletas de carnicería*

¿Quién será capaz de eliminar su intimidatoria lentitud de sepulturero, su traje de ujier, quién se atreverá a desafiar su desplazamiento de cobrador? ¿Quién corregirá su exceso de metal, su encarnación servil, quién votará por la supresión de su exagerada ineficacia? Por lo tanto y a la espera de un veredicto definitivo sobre su defunción, las bicicletas de carnicería aguardan, con su hermosa cornamenta apoyada en el suelo, las órdenes perentorias delante de las tiendas.

Acaben con todo. Impidan el temblor de los trenes en los vitrales de las tristes estaciones, el rocío para el paseo matinal de las orugas, las campanas amarillas para las abejas, el penacho iracundo de los carboneros. Que inunden de arena los patios de los colegios, que derriben las casas fosforescentes de los arquitectos, que tapen con trapos las ventanas de las capillas coloniales, que le nieguen la entrada a la permanencia de los

recuerdos, pero jamás podrán deshacerse de estos obispos despistados que desde el fondo de las calles anuncian el final de la lluvia. Entre tanta demolición apresurada y tanta devastadora urgencia de parqueaderos, las bicicletas de carnicería serán nuestro último vestigio, nuestra venganza inservible.

## PASAJE DEL ALMIRANTE

*Para Alberto Riaño*

### I

Detente a escuchar la resonancia repetida de edad en edad, vibrante en la saturación de la mañana, subir al cielo en la aglomeración de los viernes, donde el aire sabe que es bien recibida. Ahí te aguarda el milagro.

Mira a sus moradores inventar día a día el infinito en su trayectoria y el nido alargado de oropéndola que tejieron sus pregones. Allí se heredan los acentos, y las sílabas salen de los labios con una entonación inolvidable. Allí las manos multiplicadas sostienen el óvalo verde de los melones y los cuchillos indagan el resbaloso corazón de las papayas.

## II

La costumbre ha convocado a los emboladores, a las familias de los loteros, a los visitantes médicos, a los vendedores ambulantes que ofrecen quesos de otras regiones envueltos en hojas de plátano, moras de monte, aguacates partidos como canoas del primer día transportando su enorme semilla, musgo o palmas según la época del año.

## III

Con sus reclamos la lengua se empapa de sal, el oído recuerda por sus entonaciones la inmensidad de un país que es el tuyo. Sus voces revelan valles, derrumbes, ríos de sangre, manchas de tigres o enormes árboles frutales reinando en los patios de sus casas, o costumbres feroces. Sus palabras siempre te dan la bienvenida. Pero eso no es todo.

## *Oración por el pasaje del Almirante*

Aunque hayas estado ausente, no temas. Cruza y no te dirán desconocido. Por el contrario, te bautizarán de nuevo sus vocablos altaneros pero exactos y amarás sus silbidos de cerbatanas celebrando el paso de las gacelas. Atravesarás su agitada distancia contagiado de su urgencia, conmovido por el canto de los oficios.

Se cruzarán las edades, los destinos, en ese pasaje que te tocó en suerte. Aprovecha el silencio que impone las tormentas, o cuando el sol enfurece sus pulmones, para reconocer ese único olor de frescura por el aire, ese territorio tuyo, para recuperar tu pasada presencia. Así recordarás el destruido fresco de bueyes opulentos recorriendo pesadamente al fondo de las estanterías, así como el nombre de la sala de cine y su victorioso mural en el vértigo de la escalera. Quien regrese tocará un centro, sentirá la compañía de un idioma, su breve abrazo de voces.

Para siempre el viento de las vocales girará en ese pasaje perpendicular a la cordillera y te alzaré a tu edad, en hombros. Y decenas de lirios anaranjados sobresaliendo victoriosos entre los baldes formarán una frontera hacia el sur, y permanecerás callado delante de la primera muralla fragante de tu vida. Espera hasta el final de la tormenta y en el agua detenida verás tu cara, siempre tan ausente, regresar. Al menos esta vez.

## MURO DE LA SESENTA Y SIETE

*Para Guillermo Fischer*

Pocos creyeron en su duración y los restantes desestimaron por unanimidad la eficacia de sus seis metros de alto por quince de largo para escribir cualquier tipo de declaración política, o para grabar con la punta de una navaja un corazón solitario que fuera capaz de perdurar más allá de la estación de las lluvias.

Comparado con otros muros similares, éste carecía de la solemnidad provocadora de la cal. Era, entre todos esos mansos gigantes que a diario nos recuerdan la vigilancia y el árbol vedado, el menos autoritario. Su fortaleza se basaba en otros atributos.

Han pasado ya cuatro largas décadas sin que se advierta en su tímida verticalidad una sola fisura, sin que se precipite en diagonal el trueno de las grietas, sin que nadie se ocupe, aunque



sea brevemente, en apoyar el pie de la espera. Todos ignoran su larga palidez y nadie agradece su silencio eclesiástico. Tampoco su lámpara desprestigiada ha iluminado la ceremonia de los besos, ni han brillado por su culpa en la acera los cuchillos.

Cada mañana sobre el muro de la sesenta y siete la sombra veloz de los pájaros, los gritos de felicidad de los mirlos y el vuelo de las palomas escriben con frases indecisas y livianas y plumas, un salmo de agradecimiento al amanecer. A esa hora, su altura se convierte en un evangelio. Ya por la tarde un ángel se acerca a este atril y pasa con sumo cuidado otra página. Solamente allí ha quedado registrada la pequeña petición de los copetones.

*Oración por el muro  
de la sesenta y siete*

Jamás la humedad te cedió su enredadera ni el musgo te marcó con sus sellos de lacre verde. Tampoco hubo ni tomillo ni begonias, ni prosperó en lo más alto de tu frente un apretado manojito de flores púrpuras.

Después de caminar por tantas ciudades y anotar en una libreta el nombre de las calles—Alfilerillo (Toledo), Calleja del Niño Perdido (Córdoba), Mediodía Grande (Madrid), Palacios Confusos (Coimbra), Calle de las Ventanas de Hierro (Cartagena)—por más que lo intentara, a mi memoria siempre regresaba con un reclamo tu cantidad erguida, tu desmesura cómplice.

Me rodeaste con tu abrazo amarillo. Y cómo nos igualaba entonces la miseria del cielo. A la luz de las tardes nos reconocimos semejantes. Compartimos cada miércoles el cuartel de la soledad y fuimos aliados. Yo pertenezco a tu comarca carente.

## TAXIS

*Para Ximena y Francisco Montaña*

Levantaron su vuelo en el primer milenio con la absoluta seguridad de verse favorecidos algún día por la evolución de las especies. Pero a estos lúgubres perodáctilos de alas aceitosas el destino les tenía preparada otra misión.

Nunca se sabrá si fue un error de traducción, la falta de un intérprete adecuado o una incompatibilidad genética hasta ahora desconocida, el motivo por el cual encarnaron en una remota ciudad de las alturas donde sirvieron durante décadas y décadas como taxis de servicio público.

La empresa transportadora se resignó a su color negro. Después de un gran esfuerzo logró alterar mínimamente su feroz apariencia por una más servicial, pero los latoneros se declararon impotentes a la hora de suprimir sus enormes estrías de murciélago.

En su desolación amaron de los paraguas sus ángulos agudos, la suspendida agresividad de sus puntas peligrosas, su aire de viudo, los cuales fueron almacenados con comprensible satisfacción en su enorme baúl de exilado. En el espejismo de su nostalgia fueron los paraguas unos lejanos parientes que mantenían cierto aire de familia, residuos menores de su ya remota infancia. Y de su esperanza.

Motivados por la satisfacción que les produjo encontrar objetos semejantes, hoy en día husmean entre los desperdicios de las siderúrgicas, tiritan al pie de la vibración de las dragas, circulan sonámbulos en la periferia de los pozos petroleros, en busca de la señal adecuada que les permita regresar cuanto antes a su añorada edad perdida, a su fosilización verdadera.

## *Oración por los taxis*

Desde la montaña más alta de la ciudad, donde la hierba fue arrasada por las rodillas de los peregrinos, también te señalarán.

En los talleres te seguirán sometiendo a torturas los latoneros y el ladrido de los perros con las colas enroscadas ocultará el furioso golpeteo de sus martillos.

No habrá ningún barrio donde te confundan con la llegada de la peste y te arrojarán piedras desde los portales, y las madres solteras esconderán a sus hijos en lo más profundo de sus dentales.

A tu entierro a la orilla de la carretera el solitario viento de los carros veloces también estará invitado. Te pensará desde la lejanía la maquinaria que amaste hasta la humillación, y los paraguas solidarios estarán de pie, abiertos, guardando silencio en semicírculo.

Serán testigos de tu muerte los saltamontes y las lápidas de los ciclistas. Entre las latas negras de tu caparazón, cada vez más obstruido por la maleza voraz del altiplano, un par de dientes de león cumplirán la orden de relevarse de su cargo por generaciones y resistirán por tí hasta el final.

## TRUENOS

Una intromisión resplandeciente anuncia la llegada del que habla a borbotones. Por eso el relámpago dilata su duración, reclama sus pertenencias y provoca a todo lo largo de la sabana el desconcierto de los sauces, el plateado en las hojas del eucalipto, la contracción del colibrí.

Segundos más tarde desde los cerros baja un sonido desordenado como una avalancha transparente, como una catástrofe, como un bus cayendo a un precipicio, como si en el aire una yegua herida se revolcara hasta el desprendimiento. Y el trueno todopoderoso, dueño de su condición retráctil, retumba largamente sobre la ciudad y la golpea con su lámina de aluminio, desencadenada.

Ya lo sabían los perros, los mutilados, ya lo presentían los ciegos. Su presencia había sido vaticinada por la mordedura de los metales en las clavículas, por la presión de las embarazadas, por el temor reinante en los pabellones de reposo.

La tormenta se abre paso entre lo inservible. Se dirige ciegamente hacia lo hosco y aparta a los habitantes de los árboles. Su tambor invade la boca del estómago, establece su abismo en los oídos y de tanto golpear en la tierra es obligatoria la oración y el ojo se refugia bajo el párpado de su feroz estampida.

Toda la tarde el cincel del trueno expone la tiranía de sus poderes fugitivos. Y las venas de su cuello siguen hinchadas hasta bien entrada la noche. En las albercas estrechas de los patios su resonancia retumba en círculos y todo se hace súplica. Hasta la intemperie.



## LLUVIAS

*Aquí llueve por cuadras.  
Un taxista*

Se la puede acusar de imprevisible, de caótica, de autoritaria. Se le atribuye en algunos casos la salvación o el desastre. Se la menciona en tantos tratados y de tantas maneras que ella ha preferido que la llamen simplemente lluvia, a secas.

Aquí donde la arbitrariedad se confunde con la corrección, donde la improvisación ejerce un dominio extenuante y un magisterio hasta el fin de los tiempos, la lluvia ha decidido llevar la contraria y demostrar una inexplicable predilección por la exactitud.

Como si tuviera una regla inmensa divide la ciudad a su antojo y traza áreas perfectamente limitadas donde cerradas barreras de agua imponen sus peajes. Si unos barrios están al borde de la inundación y los vecinos destapan alcantarillas, un poco más allá

todo permanece seco, impecable, y el sol hace alarde de su dominio. Mientras que la acera opuesta ofrece árboles y sombras movilizadas, la contraria se anega en lagunas e improperios. Ningún detalle se escapa a su invasión y a su medido desenlace.

Motivada por esa precisión, la lluvia confía ciegamente en el cálculo de sus secantes y se atreve a dividir los parques en dos mitades, y dictamina como un rey plenipotenciario sobre la conveniencia de empapar unas sábanas al sur o arruinar a propósito una docena de inocentes geranios al oeste. Se ha dado el caso extremo de que en el mismo salón de un colegio los alumnos situados hasta la cuarta fila entienden la explicación de la teoría de conjuntos, y los restantes sucumban al estruendo del granizo. ( Pocos padres atienden este justo motivo de sus hijos al momento de recibir las evaluaciones).

Avanzar un día de lluvia supone encontrar ríos de desperdicios que bajan de los cerros y pájaros en las puntas de los árboles cantando, abrigos y camisetas, chalupas y parasoles.

Su minuciosidad sólo es comparable con una acalorada exposición sobre la existencia de Dios. Su estrategia militar, con las maniobras de Aníbal y su visión, con las leyes de los jesuitas para fundar ciudades en el continente americano.

Mientras que la lluvia canta victoria y la ciudad asume esta particular parcelación catastral, desprevenidos paseantes se benefician de la amabilidad de los umbrales. (Bajo los paraguas, se observa la más pura inclinación de las cabezas). Pero al mismo tiempo y un poco más allá, la sequía impone su toque de queda y reseca las gargantas de los canarios.

Cuando los extremos se tocan, cuando dos habitantes se comunican telefónicamente, ambos dudan de su aseveración. Por eso nadie da crédito a trágicas inundaciones, como tampoco ninguno cree en los beneficios de un día soleado.

Aquí llueve por cuadras, por patios, por centímetro cuadrado. Aquí la pluviometría es un penoso oficio. Esto es lo que la distingue de otras ciudades: su trabajo laborioso, su cerrada furia, su entonación calculada.

## RESERVAS DE VISIBILIDAD

De fulgores se componen los días. Encontrar de repente una escalera de piedra ablandada por el manso pregón del musgo. Descubrir un fotógrafo detenido en un parque, iracundo de eternidad ajena. Admirar una tarde, entre las islas, un alargado juguete de madera rodar sobre las tablas de un muelle. Hallazgos que nos llaman al orden, que ocupan el espacio de su revelación y arrojan para siempre su claridad inmediata. Y ya no podemos ser los mismos. Tantos hallazgos nos aguardan. Sólo por eso la vida parece ser eterna.

De vestigios se componen los días. Por ejemplo, cruzar un martes delante de la casa abolida. Y recuperar muros repletos de ladridos y sentir el viento lejano de las carcajadas como truchas transparentes luchando entre las camisas. Empuñar manijas. Repetir un nombre en el eco sin escapatoria de los baños blancos. Bajar por calles que obligan al pie a detener su impulso y a enderezar el cuello. Vestigios que nos llaman al orden,

que ocupan el espacio de su revelación y arrojan su claridad inmediata. Y ya no podemos ser los mismos. Tantos vestigios nos acechan. Sólo por eso la vida parece eterna.

Entre fulgores y vestigios.

1990-1998

**RAMÓN COTE BARAIBAR** (1963) es graduado en Historia del Arte por la Universidad Complutense de Madrid.

Ha publicado los libros de poesía *Poemas para una fosa común* (1984), *Género de medallas* (1986), en colaboración con ESPERANZA LÓPEZ PARADA, *Informe sobre el estado de los trenes en la antigua estación de Delicias* (1991), *El confuso trazado de las fundaciones* (1992), *Botella papel* (1998) y *Colección privada* (2003), premio de poesía Casa de América de Madrid, España.

Además, es autor de *Diez de ultramar* (1992), antología de la joven poesía latinoamericana, del libro de cuentos *Páginas de enmedio* (2002) y de la biografía *Goya. El pincel de la sombra* (2005).

Sus poemas, así como sus reseñas y críticas sobre arte y literatura, han aparecido en numerosas revistas nacionales e internacionales.

## COLECCIÓN UN LIBRO POR CENTAVOS

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Álvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas - Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar



Editado por el Departamento de Publicaciones  
de la Universidad Externado de Colombia  
en marzo de 2006

Se compuso en caracteres Garamond de 10 puntos  
y se imprimió sobre papel periódico de 48.8 gramos,  
con un tiraje de 13.500 ejemplares.  
Bogotá, Colombia

*Post tenebras spero lucem*